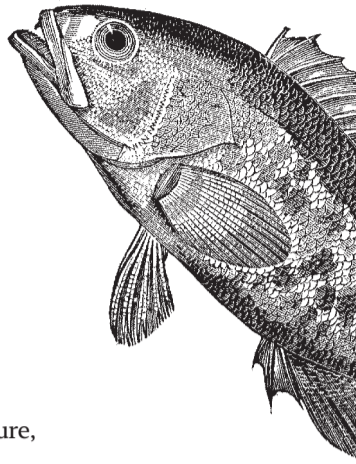


MONÓLOGO DE REBECA DURANTE LA PESTE DEL INSOMNIO

(PERORATA DE LA APESTADA)

De Gustavo Espinosa



“Los niños chupaban encantados los deliciosos gallitos verdes del insomnio, los exquisitos peces rosados del insomnio y los tiernos caballitos amarillos del insomnio”

Con el baúl de los trapos,
con el pasmo en potencia de la peste
despierto en las moléculas,
con el talego mustio de mis muertos
(una bolsa de lona que cloqueaba
el opaco coloquio de unos huesos),
con un juguete azul y la piel verde,
con una radiación de gato enfermo
en los ojos hundidos
y con el traje trágico teñido
y vuelto a desteñir
por el sol electrónico del trópico:
así fue que yo vine de Manaure,
del presente perpetuo de su austera
duermevela de sal.

No tanto la orfandad,
sino sólo nostalgia
por la geometría neta del desierto
(su estricta metafísica de aristas
tendida en la salina)
me abrió como el eructo
de una gula de luto en el estómago,
como la hambruna de una barracuda
o una tara que me hace
desear atragantarme de argamasa
y cal de la pared,
embadurnar mi boca de humus húmedo,
sorber la fibra gris de las lombrices
y mellarme las muelas
con un caracol grueso de la huerta,
comer toda la tierra de la Tierra
con descaro voraz hasta atorarme,
ennegrecer los dientes con la intensa
tiniebla que hay adentro del planeta
y relamérmelos melosamente
hasta perlarlos como caramelos.

Así llegué: sin nombre, con cadáveres,
con esta ansia de tenia,
con puteadas extrañas en lengua agria,
fea como una muñeca
encontrada en los restos del incendio
de un manicomio negro.
Soy una aparecida
(y entonces una desaparecida).
Me trajo un traficante
hasta esta siesta tétrica que alienta
a psicodelia negra de la ciénaga.

Y este amontonamiento
tan intrincado de monstruosidades,
esto soy: nudo ciego
de distintas tristezas inauditas
adentro de una niña.
Sólo soy una niña estupefacta
chupándome el pulgar
(que es como me conecto
con el circuito de mi mismidad),

atónita en el centro del silencio
que yo misma segrego,
como una araña rara del pasado
en una nube de ámbar amarillo.

Dormía como un gran cerdo abotargado
Macondo en el sopor
de su siesta estirada
o en el guiso gomoso de la noche
-apenas decorada de acordeones
que emitía la aturdida
tienda de Catarino-.
Sólo yo sostenía la vigilia
con fiebre de dos de oros
o de neón venenoso.

En el sueño de Úrsula Iguarán
continuaba ocurriendo
la misma maquinaria de utensilios
y de trivialidades
que hacen girar al mundo verdadero
y aún a las irreales
esferas armilares
que murmuran su música
magnífica en la mente de Melquíades.

Reatado al castaño,
José Arcadio Buendía se extraviaba
en unos planisferios de delirio,
en los cuales buscaba palabrones
como daguerrotipo,
ortofónica o dios,
o hurgaba en los dobleces de su sueño
como en las entretelas
de un misterioso sobretodo azul
en búsqueda de cosas o de imágenes
capaces de dejarse designar
por esos prestigiosos
signos imaginarios
esto es: galvanoplastia o teofanía.

Con insidia de avispas alienígenas
las pesadillas de la pedofilia,
en las que tintineaban pececitos
de plata, atormentaban a Aureliano.

A mi hermana amaranta
deparaba el soñar
un aura yerma, un páramo amarillo,
una anticipación de menopausia.

Así: cuando lo real se iba fundiendo
como en un agua espesa
en las atenuaciones de los sueños
y el mundo se apagaba,
como una androide enferma
yo zumbaba en mi cuarto
porque había traído del desierto
la microbiología del desvelo,
su enjambre incandescente de bacterias
brillando en los alambres
abstractos de mi mente.

Sólo yo, alerta y tiesa,
fosforecía como una lechuza
en el calor oscuro de los cuartos.
Hasta que un día yo misma
(yo, la ininterrumpida, la despierta,
la que había llegado de la nada
de entre muertos sin deudos de Manaure,
yo, sin nombre y abrupta,
a la que le adosaron el apodo
gratuito o arbitrario
de Rebeca Buendía,
la que comía tierra
y cal de las paredes)
esparcí la pandemia del insomnio.

Fue la posología de la vigilia
los caramelos cándidos de Úrsula
-caballitos lisérgicos de azúcar,
peces rosados, gallos psicotrópicos-
donde se encapsulaban
células de desvelo.

El no dormir no es lucidez perenne,
como podría pensarse.
Se parece, más bien,
a un crepúsculo zombie colectivo
o a una alucinación atolondrada,
quizás no tan distinta de esta especie
de idiotez sin pasado en que vivís,
vos que has venido a ver
-como a un monstruo de circo-
a la mujer que traga cal y tierra,
Miss Simpatía del realismo mágico,
la gentrificación de la tristeza,
como el dolor de artrosis que sostiene
la lánguida elegancia
de un cuello de jirafa.

*Sólo me queda hacerte -¡no te vayas!-
el bisbiseo de una confesión,
inútil, como todas,
como es también inútil
el arrepentimiento que sucede
a toda confesión:
desde que aparecí
como una epifanía fallida en medio
del polvo ponzoñoso de Macondo,
desde que quedé verde de desvelo
escuchando los ruidos
de los sueños ajenos,
también sentí un sonar que me lamía
y me abría labios en lugares raros,
como un jugo de lúcuma o zumbido
que venía del futuro
a vibrarme en el tímpano del clítoris.
José Arcadio era el monstruo delicado,
que ahora desde el pasado,
ahora mismo, cuando vos te vayas,
cuando cierres, por fin, esta novela,
todavía estragada de nostalgia
y de orgasmos fantasmas,
me vuelve a hacer ladrar de desconsuelo
ocho veces por noche.*

Gustavo Espinosa (Uruguay, 1961). Escritor oriundo del Barrio Olimar del departamento de Treinta y Tres. Trabajó como profesor de literatura durante 35 años. Ha publicado las novelas: “China es un frasco de fetos” (Montevideo, H Editores, 2001- Buenos Aires, Alto Pogo 2017), “Carlota podrida” (Montevideo, Hum, 2009, Nueva

York, Sudaquia, 2013, L’Atinoir, Marseille, 2020), “Las Arañas de Marte” (Montevideo, Hum, 2011- Banda Oriental, 2013), “Todo termina aquí” (Montevideo, Hum, 2016), “La galaxia Góngora” (HUM, 2021). También es autor del poemario “Cólico Miserere” (Montevideo, Trilce, 2009- H Editores, 2016).